

# EDICTO DIOCESANO

por el que el muy ilustre

Sr. Vicario General y Provisor de esta Sagrada Mitra

publica la Encíclica de

NUESTRO SANTISIMO PADRE EL SR. PIO X,

sobre la enseñanza de la

DOCTRINA CRISTIANA



LEON. 1905.

Imprenta de San Esteban y Taller de Rayados de Camilo Segura.

BX874  
.V4  
E4  
C.1

BX874

.V4

E4

C.1



1080027340

# EDICTO DIOCESANO

por el que el muy ilustre

Sr. Vicario General y Provisor de esta Sagrada Mitra

publica la Encíclica de

**NUESTRO SANTISIMO PADRE EL SR. PIO X,**

sobre la enseñanza de la

**DOCTRINA + CRISTIANA**



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Teller



LEON. 1905.

Imprenta Guadalupeana y Taller de Rayados de Camilo Segura.

40789

Bx 874  
v H  
EY



# Edicto Diocesano

por el que el muy Ilustre Sr. Vicario General y Provisor de esta Sagrada Mitra publica la Encíclica de Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pío X, sobre la enseñanza de la doctrina cristiana.

El Excelentísimo Señor encargado de la Delegación Apostólica Mexicana nos ha remitido la última Encíclica de su Santidad Pío X, relativa á la enseñanza de la doctrina cristiana, y nos ha manifestado la voluntad del mismo Soberano Pontífice de que sus Letras Apostólicas se conozcan y difundan con la mayor brevedad posible en todas y cada una de las Parroquias de esta Diócesis; por lo que, dispuestos á cumplir en el mayor gozo de nuestra alma los deseos de Nuestro Santísimo Padre, hemos determinado dar á conocer á todos los fieles de este Obispado tan importante documento, que vertido en castellano es como sigue:



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

003587

*A los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Prelados ordinarios en paz y comunión con la Santa Sede Apostólica.*

## **PIO PAPA X.**

*Venerables Hermanos, Salud y Bendición Apostólica.*

Los secretos designios de Dios Nos han levantado de Nuestra pequeñez al cargo de Supremo Pastor de la grey entera de Cristo en días bien críticos y amargos, pues el enemigo de antiguo anda al rededor de este rebaño y le tiende lazos con tan pérfida astucia, que ahora, principalmente, parece haberse cumplido aquella profecía del Apostol á los ancianos de la Iglesia de Efeso: "Sé que . . . os han de asaltar lobos voraces que destrocen el rebaño." (1) De este mal que padece la religión, no hay nadie á quien anime el celo de la gloria divina, que no investigue las causas y razones, sucediendo, que como cada cual los halla diferentes, propone diferentes medios, conforme á su personal opinión, para defender y restaurar el reinado de Dios en la tierra. No proscribimos, Venerables Hermanos, los otros juicios; mas estamos con los que piensan que esta depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen principalmente de la ignorancia de las cosas divinas. Esta opinión concuerda enteramente con la que Dios mismo declaró por su profeta Oseas: "No hay conocimiento de Dios en la tierra. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo; á la sangre se añade sangre, por cuya causa se cubrirá de luto la tierra y desfallecerán todos sus moradores." [2]

¡Cuan fundados son, por desgracia, estos lamentos, hoy que existe tan crecido número de personas en el

[1] Hechos, XX, 29. (2) Oseas, IV, 1-3.

pueblo cristiano que ignoran totalmente las cosas que se han de conocer para conseguir la eterna salud! Al decir pueblo cristiano, no Nos referimos solamente á la plebe, á las clases inferiores, á quienes excusa con frecuencia el hecho de hallarse sometidas á hombres tan duros que apenas les dejan tiempo de ocuparse en sí mismas, ni en las cosas que les atañen, sino que también y principalmente hablamos de aquellos á quienes no falta entendimiento, ni cultura, y hasta se hallan adornados de profana erudición, á pesar de lo cual en las cosas de religión viven de la manera más temeraria é imprudente que puede imaginarse. ¡Difícil sería ponderar lo espeso de las tinieblas que les envuelven y—lo que es más triste—la tranquilidad con que permanecen en ellas! De Dios, Soberano Autor y Moderador de todas las cosas, y de la sabiduría de la fe cristiana, nada se les da; de manera que verdaderamente nada saben de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la perfecta restauración del género humano, consumada por El; nada saben de la gracia, principal auxilio para alcanzar los eternos bienes; nada del Sacrificio augusto, ni de los Sacramentos, mediante los cuales conseguimos y conservamos la gracia. En cuanto al pecado, ni conocen su malicia ni el oprobio que trae consigo, de suerte que no ponen el menor cuidado en evitarlo ni detestarlo, y llegan al día postrero en disposición tal, que para no dejarles sin alguna esperanza de salvación, el sacerdote se ve en el caso de aprovechar aquellos últimos instantes de vida, en enseñarles sumariamente la Religión, en vez de emplearlos principalmente, según convendría, en moverles á afectos de caridad; esto si no ocurre que el moribundo padece tan culpable ignorancia que tenga por inútil el auxilio del sacerdote, y se resuelva tranquilamente á traspasar los umbrales de la eternidad sin haber satisfecho á Dios por sus pecados. Por lo cual Nuestro Predecesor Benedicto XIV escribió justamente: "Afirmamos que la mayor parte de los condenados á las penas eternas padecen su perpetua desgracia por ignorar

“los misterios de la fe, que necesariamente se deben saber y creer para ser contados entre los elegidos.” [3]

Siendo esto así, Venerables Hermanos ¿qué tiene de sorprendente, pregunto, que la corrupción de las costumbres y su depravación sean tan grandes y crezcan diariamente, no digo en las naciones bárbaras, pero hasta en los mismos pueblos que llevan el nombre de cristianos? Con razón decía el Apostol San Pablo, escribiendo á los efesos: “La fornicación y toda especie de impureza, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á santos, ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías.” [4] Como fundamento de este pudor y santidad con que se moderan las pasiones, puso la ciencia de las cosas divinas: “Y así, mirad, hermanos, que andéis con gran circunspección; no como necios, sino como prudentes. Por tanto, no seáis indiscretos, sino atentos, sobre cuál es la voluntad de Dios.” (5)

Sentencia justa; porque la voluntad humana apenas conserva algún resto de aquel amor á la honestidad y la rectitud, puesto en el hombre por Dios, Criador suyo, amor que le impulsaba hacia un bien, no entre sombras, sino claramente visto. Mas, depravada por la corrupción del pecado original, y oividándose de Dios, su Hacedor, la voluntad humana se vuelve á amar la vanidad y buscar la mentira. Extraviada y ciega por las malas pasiones, necesita un guía que le muestre el camino para que se restituya á la vía de la justicia que, desgraciadamente, abandonó. Este guía, que no hay que buscar fuera del hombre, y de que la misma naturaleza le ha provisto, es la propia razón, mas si la razón falta aquella luz hermana suya, que es la ciencia de las cosas divinas, vendrá á suceder que un ciego guíe á otro ciego, y que ambos caigan en el hoyo. El santo rey David, glorificando á Dios por esta luz de la verdad que había infundido en la razón humana, decía: “Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro.” Y seña-

[3] Instit. XXVI, 18. (4) Efesios, V, 3 y 4. [5] Id., V, 15 y 17.

laba el efecto de esta comunicación de la luz, añadiendo: “Tú has infundido la alegría en mi corazón,” [6] alegría con que dilatándose el corazón, corre por la senda de los mandatos divinos.

Facilmente se descubre que es así, porque, en efecto, la doctrina cristiana nos hace conocer á Dios y lo que llamamos sus infinitas perfecciones harto más hondamente que las fuerzas naturales. ¿Y cómo es esto? Mandándonos á un tiempo mismo reverenciar á Dios por obligación de “fe,” que se refiere á la razón; por deber de “esperanza,” que se refiere á la voluntad; y por deber de “caridad,” que se refiere al corazón, con lo cual deja al hombre enteramente sometido á Dios, su Creador y Moderador. De la misma manera, solo la doctrina cristiana pone al hombre en posesión de su eminente dignidad natural en cuanto hijo del Padre celestial, que está en los cielos, que le hizo á su imagen y semejanza para vivir con El eternamente dichoso. Pero de esta misma dignidad y del conocimiento que de ella se ha de tener, infiere Cristo que los hombres deben amarse como hermanos y vivir en la tierra como conviene á los hijos de la luz, “no en comilonas y embriagueces, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias;” [7] mándanos asimismo que nos entreguemos en manos de Dios, que es quien cuida de nosotros; que socorramos al pobre, hagamos bien á nuestros enemigos y prefiramos los bienes eternos del alma á los perecederos del tiempo. Y sin tocar menudamente á todo ¿no es la doctrina de Cristo la que recomienda y prescribe al hombre soberbio aquella humildad que es manantial verdadero de su gloria? “Cualquiera que se humillare, ese será el mayor en el reino de los cielos.” (8) Esta celestial doctrina nos enseña igualmente la prudencia del espíritu, que nos sirve para guardarnos de la de la carne; la justicia, que nos hace dar lo suyo á cada cual; la fortaleza, que nos hace capaces de sufrir y padecer todo gene-

(6) Salmo IV, 7. (7) Romanos, XIII, 13. (8) San Mateo, XVIII, 4.

rosamente por Dios y por la eterna bienaventuranza; en fin, la templanza, que hace para nosotros amable la pobreza por amor de Dios, y que en medio de nuestras humillaciones nos gloriamos en la cruz. De manera que por la sabiduría cristiana, no solamente nuestra inteligencia recibe la luz que nos permite alcanzar la verdad, sino que la misma voluntad queda presa de aquel amor que nos conduce á Dios y nos une á El mediante el ejercicio de la virtud.

Lejos estamos de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de las costumbres no puedan coexistir con la ciencia de la Religión. Plugiese á Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu envuelven las espesas tinieblas de la ignorancia no pueden darse ni la rectitud de la voluntad ni las buenas costumbres, porque si caminando con los ojos abiertos puede apartarse el hombre del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse. Añádase que en quien no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; mas cuando la ignorancia se junta á la depravación, ya no queda espacio para el remedio, sino abierto el camino de la ruina.

Puesto que de la ignorancia de la religión proceden tantos y tan graves daños y, por otra parte, son tan grandes la necesidad y utilidad de la doctrina religiosa, ya que, desconociéndola, en vano sería esperar que nadie pueda cumplir las obligaciones de cristiano, conviene saber ahora á quién compete preservar á las almas de esta perniciosa ignorancia é instruir las en ciencia tan indispensable. Lo cual, Venerables Hermanos, no ofrece dificultad alguna, porque ese transcendental cometido recae en los pastores de almas. Estos, efectivamente, se hallan obligados por precepto del mismo Cristo á conocer y apacentar las ovejas que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoctrinar. "Os daré pastores, según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la

doctrina." [9] Así hablaba Jeremías, inspirado por Dios: por lo cual decía el Apóstol San Pablo: "No me envió Cristo á bautizar, sino á predicar," (10) advirtiendo así, que el principal ministerio de cuantos ejercen de alguna manera el gobierno de la Iglesia, consiste en enseñar á los fieles la ciencia sagrada.

Inútil Nos parece aducir nuevas pruebas de la excelencia de este ministerio y de la estimación que de él hace Dios. Ciertamente es que Dios alaba grandemente la piedad que nos mueve á procurar el alivio de las humanas miserias; mas, ¿quién negará que han de colocarse muy por encima de ella el celo y trabajo, mediante los cuales el entendimiento recibe las enseñanzas y consejos referentes, no á las necesidades terrenas, sino á los bienes celestiales? Nada puede ser más grato á Jesucristo, Salvador de las almas, que dijo de sí propio por el Profeta Isaías: "Me ha enviado á evangelizar á los pobres." (11)

Importa mucho, Venerables Hermanos, insistir, para que entiendan bien todos los sacerdotes, que ninguno tiene obligación más grande y deber más estrecho. Porque, ¿quién negará que en el sacerdote han de unirse la ciencia y la santidad de vida? "En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia." [12] Y, en efecto, la Iglesia lo exige rigurosamente de cuantos aspiran á ingresar en el sacerdocio. Y esto, ¿por qué? Porque el pueblo cristiano espera recibir del sacerdote la enseñanza de la divina ley y porque Dios le destina para propagarla. "De su boca se ha de aprender la ley, puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos." (13) Por lo cual, en las Sagradas Ordenes, el Obispo dice, dirigiéndose á los que van á ser hechos sacerdotes: "Que vuestra doctrina sea remedio espiritual para el pueblo "de Dios, y los cooperadores de nuestro orden sean pre-

[9] Jeremías III, 15. (10) I, Corintios 1, 17. [11] Lucas IV, 18. [12] Malaquías 11, 7. (13) Ibidem.